

La presencia del indiecito en una cuadrilla destinada a las jangadas, esto es, a echar a la corriente del río los troncos derribados hasta formar enormes palizadas, es utilizada por Quiroga para describir lo brutal de esta faena:

Pasó, por consiguiente, dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados.

Luego el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizándolos en los cabezales de las vigas, horas enteras, con los hombros y los brazos únicamente fuera del agua. Al cabo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado.

Ni un solo adjetivo: la escueta y llana descripción del trabajo que la cuadrilla realiza. Quiroga hace buena aquí su recomendación —recogida en el *decálogo*— de que no se adjetive sin necesidad, advirtiendo que: «Inútil será cuantas colas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él sólo tendrá un color incomparable». Y todos los que Quiroga emplea en el cuadro transcripto tienen ese «color incomparable», pues en hallar el sustantivo preciso Quiroga era un maestro.

Conduciendo las jangadas, el indiecito logra por fin llegar a Puerto Profundidad. «*Nuestro hombre* había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto», dice Quiroga, enseñando así, como un jugador que vuelve sus cartas, que se está relatando una historia y que detrás de esa historia hay un escritor que es el que la refiere. En ningún momento intenta suplantar al protagonista, ni siquiera hablar desde él o asumirlo psicológicamente. Quiroga no se aparta un milímetro de su método casi impersonal. Es como el ojo de una cámara cinematográfica. La intensidad de la narración está en lo que cuenta, no depende de su participación en ella como autor, que en todo momento oculta.

El desenlace del cuento está a punto de producirse. Una vez en Puerto Profundidad, donde «en la Comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda, en razón de la urgencia del trabajador», el indiecito es encargado, junto con otros tres peones, de arrear una tropilla de mulas tierra adentro, hacia la Carrería. Anota Quiroga: «No pedía otra cosa» va implícito que sabe que de alguna forma se encontrará con Korner, ha de toparse con él, se verán frente a frente. Magistralmente Quiroga prepara el enfrentamiento, que culminará con la tan ansiada y esperada venganza del peón. Tras tres años de aguardar, acechar, rondar, va a consumarse. Quiroga, como si se tratara de un personaje más, hace incluso participar a la naturaleza de este clímax, al detallarla minuciosa y casi *anímicamente*: «Hacía ese día mucho calor. Entre la doble muralla del bosque, el camino rojo relumbraba al sol. El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante *vibración del aire* (yo subrayo) sobre la arena volcánica. Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro».

Una atmósfera opresiva, tensa, presagiadora, si bien siempre descrita fría y distanciadamente, a excepción, tal vez, de la imagen subrayada. De todas formas, aún dentro de ese procedimiento, Quiroga incorpora al paisaje como un elemento vivo y actuante más. El tiempo, la hora es asimismo otro dato vital que Quiroga añade, pues estamos en pleno día, con el sol en el cenit, a la hora más ardiente del día. En ese escenario tiene lugar, por fin, el reencuentro entre el indiecito y Korner, entre el mensú y el

propietario, entre el peón y el amo, entre el indio y el blanco. Hacia la una la tropilla hace un alto para tomar mate, y es entonces cuando divisan a Korner. «Venía solo, a caballo, con un gran casco de pita». Toda la arrogancia del amo ofrecida con sólo estos tres detalles. «Korner se detuvo, le hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato y recién entonces reconoció al indiecito, *doblado sobre la pava de agua*» (yo subrayo).

Con esta acción Quiroga está sugiriendo que el mensú no se ha puesto de pie al llegar el amo, sino que ha permanecido en la posición en que se encontraba, como un desafío a su poder, o tal vez para no ser reconocido por él. De todas formas, la tensión ya ha sido creada, la situación entre Korner y el indiecito es como un disparador a punto de ser accionado.

La reacción de Korner, al descubrir al indiecito, es violenta, como cuadra al temperamento de un amo (y quizás al miedo que repentinamente lo invade): «—¡Eh, vos! ¿Qué hacés aquí? —le gritó furioso.

El indiecito se incorporó *sin prisa* (Id.)».

La parsimonia que le confiere a los movimiento del protagonista recalca, acentúa su actitud retadora: «Parece que no sabe saludar a la *gente* —contestó avanzando lento hacia su patrón».

Todo se desencadena entonces, relampagueantemente y con la misma economía de medios e idéntico distanciamiento al de otros párrafos de acción, Quiroga resuelve el choque mediante la neta descripción, rápida y fragmentada, como una yuxtaposición de planos fílmicos:

Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, *con el índice adherido al gatillo*. Un instante después Korner estaba por tierra con el indiecito encima.

Otro detalle en este párrafo que revela el extraordinario poder de sugerencia de la prosa de Quiroga, su habilidad para insinuar las cosas —con lo que logra un mayor destaque de las mismas— es que la mano que le dio la bofetada al indiecito ya está mutilada y sangra. Más adelante Quiroga insistirá en ello.

La complicidad de los otros peones, su solidaridad de «clase» (llamémosle así, aunque es término que ellos ignorarían) y racial, es igualmente deslizada por Quiroga. En primer lugar, no intervienen en la lucha, en segundo, son «ostensiblemente *ganados* por la audacia de su compañero», y en tercero, cuando el indiecito les ordena que sigan, ellos obedecen. Sutilmente apunta Quiroga: «los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas, según lo ordenado».

El indiecito despoja a Korner de su cuchillo, lo arroja y sólo se posesiona del rebenque. Es decir, que el látigo con que los patrones castigan a los mensús es exactamente la única arma de que se hace. Ya vimos cómo fue utilizado por el capitán del *Meteoro* y los pasajeros en la escena del buque, cuando, como de un modo casual, Quiroga dio a conocer la forma en que eran sofocadas las algarabías de los jornaleros. El capitán tenía el golpe rápido y duro. El indiecito lo va a tener también: no es sólo privilegio de los dueños y los blancos. Korner lo experimentará en carne propia. En las dos ocasiones en que, en el lugar de la pelea, intenta abalanzarse sobre el indiecito, el látigo, implacablemente, lo derriba nuevamente al suelo y luego, cuando, obligado a caminar, se de-

tiene y lleno de rabia y humillación insulta al indiecito, «el látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca».

El cuento cobra en esta escena final su máxima crueldad. El indiecito lleva a Korner hacia el río. Durante cinco horas lo fuerza a andar en esa dirección. Y en todo el trayecto la mano del dueño del obraje, la misma que lo abofeteara, sigue vertiendo sangre. Rabia, humillación y dolor son las palabras en que Quiroga insiste para dar a conocer el estado de ánimo de Korner: exactamente los mismos sentimientos que experimentó el indiecito cuando fue golpeado en el barco y que alimentaron por años su obsesión de venganza. Nada deja al azar Quiroga, todo tiene una calculada, inexorable correspondencia. Queda otro punto: ¿por qué el indiecito lleva a Korner al río? Ya fuimos testigos de las terribles condiciones en que los mensús tienen que trabajar en las jangadas; pues bien, del acto del indiecito se desprende que precisamente lo conduce a ese sitio para ejercer en él no sólo su propio castigo, sino el de todos los peones que obligados por la necesidad laboran y no pocas veces pierden la vida en los inhumanos obrajes. Es como un ajuste de cuentas colectivo. Mas todo esto tiene que ser deducido, porque en ningún momento Quiroga lo dice. Simplemente aporta los datos y confía en que el lector extraerá de ellos las conclusiones. Ejemplo más acabado de narración indirecta, de eficacia de intenciones, sólo es posible hallarlo en una historia relatada soberanamente.

Otro detalle que revela la idiosincrasia del indio y la violencia que hay reconcentrada en el protagonista del cuento es que en todo el trayecto, durante las cinco horas que marchan «en silenciosa pareja», el indiecito no habla, no insulta a Korner, ninguna ofensa escapa de sus labios, y únicamente cuando éste se niega a andar es que, junto con el golpe del rebenque, pronuncia una sola palabra: «Caminá». Este solo vocablo le basta a Quiroga para poner de manifiesto el odio frío e implacable que arde en el pecho del peón.

«Al entrar el sol», esto es, con la caída de la tarde, el indiecito abandona la «picada maestra» y toma por un «pique» que también conduce al Paraná. Se desvía para evitar la Comisaría, ya mencionada por Quiroga como casualmente cuando el joven mensú logró por fin introducirse en Puerto Profundidad y que ahora reaparece cumpliendo una función específica en el relato: la posibilidad de salvación de Korner. Al eludirla su captor, el prisionero comprende que está perdido. Entonces se deja caer en el suelo, «dispuesto a no dar un paso más». Pero el indiecito lo latiga «con sus golpes de brazo habituado al hacha». De nuevo Quiroga relaciona el duro oficio del mensú con el acto que está ejecutando ahora, como para enfatizar el carácter social de la venganza. El cuento está llegando a su término y la violencia contenida en el indiecito se desata. A golpes de látigo obliga a incorporarse a Korner y «en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como un sonámbulo».

Han llegado al Paraná y por la ribera remontan hasta la jangada. Forzado por el indiecito, Korner sube a una palizada, camina dando tumbos sobre sus troncos y se desploma sin fuerzas en uno de sus extremos. Y es aquí donde se rompe el mutismo del mensú y su voz se deja oír: «—Ahora», habló por fin, «esto es para que saludés a la gente... Y esto para que sopapéés a la gente...»

Por primera vez en todo el cuento Quiroga le hace pronunciar más de dos palabras,

y la subrayada por mí, que él repite, indica el sentimiento que lo domina de que es un ser humano y no una bestia de trabajo como lo consideran los patronos, para quienes los mensús no son *gente*.

El indiecito remata a Korner a latigazos. Trepa luego a una canoa, amarra una soga a la jangada y rema. La inmensa mole de troncos se pone en movimiento y entra en la corriente con el cadáver de Korner encima. El indiecito corta el cabo que sujetaba la canoa a la almadía. Todo ha terminado, y en contraste con el paisaje que describió al iniciarse el desenlace del cuento, ahora Quiroga pinta una naturaleza sosegada, apacible, pero con la frialdad y el silencio de una tumba:

El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y una quietud fúnebres. Bajo el cielo aún verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo a la distancia como una línea negra ya.

Mediante dos expresiones: «Voy a perder la bandera» y «donde debía permanecer hasta el fin de sus días», Quiroga, fiel a su método de sugerirlo todo, da a entender que el indiecito, para escapar de la justicia, debe desterrarse. Por eso boga hacia el Brasil. Pero no se arrepiente de lo que ha hecho. Pues, desde la canoa, sigue «con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable». Y se reafirma en su acto al concluir: «Pero ése no va a sopapear más a nadie; gringo de un añá membuí!» Ignoro que signifiquen estas dos últimas palabras (quizá guaraníes), pero el *gringo* que le hace exclamar Quiroga atañe a la extranjería de Korner, que por su apellido debe ser alemán o de ascendencia alemana.

Si un cuento como el que acabo de glosar, tan rico en todos los sentidos, tan ilustrativo de la maestría narrativa de Quiroga, no es un cuento perfecto... nada se parece tanto a la perfección.

César Leante

